

HOMILÍA MISA DEL CENTENARIO DE LA DIÓCESIS SAN JOSÉ DE TEMUCO

Temuco, 18 de octubre de 2025

En el nombre del Señor, les saludo fraternalmente, a todos ustedes hermanos y hermanas de la Diócesis San José de Temuco, que representan a muchos otros hermanos y hermanas. Agradezco su amor y fidelidad a Cristo y a su Evangelio, así como su amor a la Iglesia y su servicio a los demás. La misma semilla de la fe y la caridad, que han heredado en sus corazones, y la acción del Espíritu Santo, así como se multiplicó en el pasado, seguirá dando vida y vitalidad en el tiempo que viene en cada uno de ustedes y en las innumerables comunidades cristianas, urbanas, campesinas y mapuches en los diversos rincones de nuestra Araucanía. ¡Estamos de fiesta! Nuestra Diócesis cumple 100 años de intensa vida espiritual y pastoral, transcurridos con el testimonio y la entrega generosa de tantos hermanos y hermanas.

1. **Una Iglesia que agradece.**- Un día como hoy 100 años atrás, el 18 de octubre de 1925, el Papa Pío XI, mediante la Bula *Notabiliter Aucto*, creó la Diócesis San José de Temuco, junto a dos diócesis hermanas la de Chillán y de Linares. En el corazón de La Araucanía, en 1925, comenzó con 15 parroquias. La más antigua, la Parroquia Santísima Concepción, en Angol, desde 1863; actualmente son 37, la última en crearse es la Parroquia Newen Huenu Chaw en 2012. El territorio de nuestra diócesis es mucho más que su rica y variada geografía, de gran belleza natural, con sus cordilleras, volcanes, cerros y campos, con su océano, lagos y ríos, con sus 18 comunas donde están sus ciudades, pueblos y villas; en el territorio de nuestra diócesis hay hombres y mujeres de diferentes orígenes, identidades, pensamientos y culturas, desde lo ancestral a lo moderno, desde sus habitantes originarios con su cultura milenaria pasando por los que un día siendo forasteros, se asentaron en estas tierras, construyendo un espacio de presencia pluricultural innegable hasta nuestros días cuando han llegado numerosos hermanos inmigrantes.

Desde 1925 son ocho los Obispos que me han antecedido. El primero fue Mons. **Prudencio Contardo Ibarra**, luego le sucedieron **Mons. Alfredo Silva Santiago** (1939 a 1941) **Mons. Augusto Osvaldo Salinas** (1941 a 1960) **Mons. Alejandro Menchaca Lira** (1961 a 196) **Mons. Bernardino Piñera Carvallo** (1960 – 1977) **Mons. Sergio Contreras Navia** (1977 – 2001) **Mons. Camilo Vial Risopatrón** (2001 – 2013), **Mons. Héctor Vargas Bastidas** (2013 – 2022). A todos y cada uno de

ellos la Diócesis los tiene en su memoria, en su oración, porque fueron los Pastores que, con sus limitaciones, sembraron la buena semilla del Reino. A todos ellos nuestra gratitud por su abnegado servicio para plasmar y hacer carne el Evangelio.

Pero la diócesis no la hace solo el Obispo, la unidad de todos los agentes pastorales es importante: ¡todos conformamos la comunidad diocesana! Por eso, nuestro agradecimiento a Dios por la presencia y el acompañamiento de cientos de sacerdotes, misioneros y misioneras, religiosos y religiosas, diáconos, laicos y laicas de distintas culturas y pueblos, quienes han vivido y servido en esta hermosa y generosa región, compartiendo su fe y su amor como ¡mensajeros de Cristo y su Evangelio! Ellos han compartido sus vidas con los hombres y mujeres de esta tierra, haciendo y animando múltiples caminos de amor y fraternidad, haciendo de nuestra diócesis una iglesia viva, creativa y servidora, construyendo parroquias y capillas, animando comunidades de base y sirviendo en diferentes dimensiones de la vida. Muchas de sus obras han trascendido en el tiempo y culturas. Gratitud a todos ellos!

Un siglo de vitalidad pastoral. Un acontecimiento eclesial, que marca un antes y un después en nuestra Iglesia durante el arco de los 100 años de nuestra diócesis es el **Concilio Vaticano II** y que claramente divide nuestro tiempo celebrativo en dos partes: antes y después. Y es importante tenerlo en cuenta porque ayuda a la comprensión del caminar de nuestra iglesia diocesana, sin perder de vista que durante todo este siglo de vida y desde antes de ser diócesis hay testimonios de compromiso cristiano que son todo un ejemplo.

De antes del Concilio: a la par del aumento de la población en Malleco y en nuestra parte de Cautín, se hizo concreto el interés por erigir parroquias y capillas; hubo logros importantes en la inculturación con el pueblo Mapuche, especialmente por parte de algunos misioneros de congregaciones, por ejemplo, los Padres de Maryknoll y la Congregación del Verbo divino; hubo un compromiso en favor de la Educación de los niños, que comenzó con el servicio de la escuela misional en varios pueblos y siguió con los grandes compromisos con la educación por parte de las congregaciones hasta nuestros días (Claretianos, De La Salle, Santa Cruz, Providencia, Religiosas Franciscanas) en forma sostenida a través de estos 100 años; siempre con espíritu de servicio a los más pobres (obras de educación y alguna en el área salud).

El Concilio Vaticano II - en la década del 1960 - tuvo un enorme impacto que generó un movimiento de renovación y creatividad en muchos aspectos de la vida de la Iglesia. Y en nuestra Diócesis tuvo partícipes entusiastas de este movimiento renovador, principalmente en Mons. Bernardino Piñera y Mons. Sergio Contreras. Los servicios que venían del comienzo del siglo XX - algunos incluso un poco antes, como en educación y en esfuerzos por la inculturación en áreas mapuche - fueron validados y renovados. La gran obra de la Universidad Católica de Temuco – en sus comienzos Universidad Frontera - que comenzó en la mitad del siglo, sin duda fue impulsada por el Concilio. En otras áreas, el Concilio dio un gran impulso, con fuerza y claridad en la formación de los laicos, en Biblia y litúrgica; en la creación de Comunidades de Base; en el diaconado permanente; en la participación del laicado (en general y en diversas formas de asociaciones), en la solidaridad y la defensa de hombres y mujeres frente a la violación de dd. hh., entre otros.

De la misma riqueza del Concilio Vaticano II, el Magisterio del Papa Francisco, nos ha dejado verdaderas luces con claridad y fuerza, para nuestro camino eclesial frente a las circunstancias sociales más actuales, por ejemplo, frente a los migrantes; la responsabilidad en el cuidado de la Casa Común y, en un ámbito más propio nuestro, pero que trasciende: en la Protección, Cuidado y Prevención del abuso en cualquiera de sus expresiones, especialmente frente a los menores y vulnerables; y en el llamado a hacer juntos la vida de la iglesia, con participación de todos (sinodalidad), en base a la común identidad que nos da el bautismo y a la presencia y acción del Espíritu Santo en todo el Pueblo de Dios. En cada uno de estos aspectos hay orientaciones y experiencias en el caminar de nuestra iglesia local que son verdaderas luces que nos inspiran, iluminan y animan.

Somos agradecidos de Dios y de los hermanos que nos dejaron el ejemplo de servicio pastoral inspirado, organizado, planificado, encomendado que es testimonio del compromiso de nuestra Iglesia por hacer presente el Reino de Dios en este tiempo y territorio. También damos gracias a Dios por las diversas expresiones de religiosidad popular con que el pueblo sencillo da testimonio de su confianza en Dios, en María y algunos santos, como San Sebastián, algo no siempre bien comprendido por algunas elites, pero que fue, es y seguirá siendo el mejor lenguaje con el que se entiende Dios con miles y miles de hermanos y hermanas, en forma sencilla, que también son parte de su Pueblo.

Y más allá del servicio pastoral organizado, es justo y necesario hacer memoria y agradecer por el pueblo fiel de esta iglesia particular de Temuco; aquellos hermanos y hermanas que son «*las piedras vivas*» (cfr. 1Pe, 2, 5) de la Iglesia, que han dado testimonio de fe y amor con su oración, con su servicio voluntario en variadas áreas de la vida de la comunidad, como la catequesis, el canto, la animación, y tantos otros, con su contribución generosa para sostener económicamente a su Iglesia y con su servicio de amor al prójimo, todo en nombre de Cristo el Señor, en las parroquias y en las diversas comunidades. ¿Quiénes y cómo lo han hecho? sólo Dios lo sabe, pero de esa vitalidad con Espíritu Santo se ha elevado un verdadero culto espiritual, humilde, silencioso, efectivo, que seguro ha llegado a Dios como un verdadero canto de alabanza desde esta parte del mundo. Nos cabe agradecer a Dios por el testimonio de fe y amor de muchísimos hermanos y hermanas a los largo del tiempo, y nos hace bien unirnos a esa multitud, para alabar y agradecer especialmente en esta liturgia de acción de gracias en la que nos reunimos como comunidad diocesana en torno al altar de Nuestro Misericordioso Salvador.

2. **También hay sombras por qué pedir perdón.** Es un imperativo evangélico que si bien miramos a lo alto, esta celebración la vivamos con los pies puestos sobre la tierra, y que, junto con reconocer, agradecer, al revisar nuestro compromiso con Dios y con la comunidad, con la escucha, la reflexión y la oración, también debamos pedir perdón. En primer lugar, no podemos celebrar sin expresar profundo dolor **por los abusos cometidos por representantes** y otros miembros de nuestra Iglesia en contra de hermanos y hermanas, especialmente de menores, infringiendo en algunos casos un daño irreparable y causando dolor y perjuicio a las víctimas, a sus familiares y a toda la comunidad. Los abusos cometidos nos hieren con profundo dolor, porque con ello se desfigura el rostro de Cristo al igual que en su martirio. Por eso con sinceridad, y **en nombre de la Iglesia diocesana, pido perdón por quienes siendo miembros de la Iglesia vulneraron a su prójimo.** Nuestro compromiso es con la prevención. También en nombre de nuestra Iglesia diocesana **pido perdón por no haber sido más decididamente claros y unánimes en denunciar los abusos hacia los hermanos mapuche** cuando fue necesario: frente a aspectos importantes, si no vitales, de su cultura, por ejemplo, frente al uso de

su idioma y sus creencias o cuando hubo atropello a su dignidad como personas, por ejemplo, frente al trato y a expresiones peyorativas y descalificatorias hacia su ser, por el sólo hecho de ser indígenas; por no haber alzado más fuerte y clara la voz frente a sus derechos ancestrales sobre la tierra. Lo acontecido para muchos hermanos mapuche queda como una herida, que también nos duele y entristece. Pero igualmente es justo reconocer que, a lo largo de esta larga historia, hay más hechos de vida, de fraternidad y de respeto, que signos de desesperanza, por el amor y el servicio de la mayoría de los hermanos que nos antecedieron: obispos, sacerdotes, misioneros, religiosos y religiosas, laicos y laicas. Ellos han sido el verdadero y mejor rostro de Cristo en esta sociedad.

Pero hoy nos corresponde perseverar en la evangelización, aprendiendo del camino ya realizado, con la esperanza en Jesucristo y su Evangelio, confiando más en la fidelidad de Dios y en su amor por nosotros, que en nuestros propios méritos y fuerzas; el Jubileo de la Encarnación del Hijo de Dios justamente nos anima a fortalecer y a renovar la fe y la esperanza en Cristo Resucitado. Los signos de vida y esperanza son muchos entre nosotros y ellos nos alientan a perseverar.

3. **La alegría de la Ordenación sacerdotal de Andrés Caro.** En este contexto de fiesta, pero con los pies en la tierra, con realismo, hoy tenemos un motivo para estar aún más alegres y agradecidos. En este día seremos testigos de la ordenación sacerdotal de nuestro hermano **Andrés Caro Fuentes**. Él ha cumplido con todos los requisitos para ser ordenado sacerdote, partiendo por su formación y los tiempos establecidos y por eso hemos querido que justamente hoy, al cumplir 100 años como diócesis, reciba el Sacramento del Orden, mediante el cual, quien es vocacionado es hecho partícipe del sacerdocio de Cristo, Sumo y Eterno Sacerdote, para ser ministro – servidor – de su Pueblo en el servicio litúrgico, especialmente en la celebración de la Eucaristía y los demás sacramentos, como la Confesión, el bautismo; bendecir matrimonios y confirmar cuando sea necesario, y de presidir la comunidad. Serás ministro al servicio de la santificación del pueblo fiel de Dios; con el anuncio de la Palabra harás posible que otros conozcan a Cristo, que lo amen y lo sigan; harás lo que hicieron los Apóstoles y evangelistas, como Lucas, a quien recordamos en este día y a tantos otros, que por ello incluso dieron sus vidas. Pero tu ordenación no es sólo para darlo a conocer

a los demás, lo que será una de tus primeras obligaciones, sino la oportunidad para que tú mismo, con la ayuda del Espíritu Santo, vayas profundizando en el conocimiento del Señor y así sea más apasionado tu amor a Él y a los hermanos. Tu ministerio lo harás en comunión con el Papa, con tu obispo y con todo el pueblo de Dios. Lo harás dando testimonio personal de tu entrega total y para siempre a Dios que te ha llamado a seguir a su Hijo Jesucristo, testimonio expresado en tu vida austera, en tu fidelidad al celibato y en tu obediencia a tu obispo. Es el mismo Señor que te llamó que te dará la gracia y las herramientas para mantener encendidos el fuego del amor y de la fe; es lo más importante; recuerda las tres preguntas del Señor a Pedro (cfr. Jn 21, 15-17); sin ellos será difícil que puedas seguirle con alegría y servir con amor gratuito o desinteresado a los hermanos y hermanas. La familiaridad con la Palabra de Dios y la oración personal y litúrgica te ayudarán a permanecer en el amor y la fe, unido al Señor y Maestro (cfr. Jn 15, 4-5), siempre como discípulo y ministro suyo. La comunión en la celebración del sacrificio del Cordero, entregado voluntariamente por amor, será constante fuente de gracia muchas veces insospechada e inmerecida, pero es ahí cuando el Buen Pastor te dará el mejor alimento para la vida: Él mismo (cfr. Jn 6, 35). La atención acogedora, con buena disposición hacia el Pueblo de Dios, como el Buen Pastor hacia sus ovejas - que, conociéndote, seguramente no te será difícil - verás que esa entrega se revierte como fuente reconfortante de consuelo y alegría que reafirmará tu vocación. Gracias a Dios por tu vocación y por tu respuesta positiva en las diversas etapas; gracias también a todos quienes te ayudaron, a tu madre y a tu familia, que seguramente hicieron su parte; es motivo de alegría para nuestra comunidad diocesana y para toda la Iglesia.

4. **La misión del Dios-con-nosotros - el Emmanuel - es la misión de la Iglesia, es nuestra misión;** es un imperativo irrenunciable. Lucas nos recuerda que *«el Señor designó a otros setenta y dos y los envió para que, antes que él, fueran de a dos a todas las ciudades y lugares a donde iba a ir»* (Lc 10, 1) y los exhorta a no temer las dificultades y a confiar en Él. En Mateo Jesús ordena a sus seguidores: *“Vayan, pues, y hagan discípulos a todos los pueblos: bautícenlos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enséñenles a cumplir todo lo que yo les he mandado”* (Mt. 28, 19 y 20a). Nosotros recibimos esa posta misionera y debemos continuarla: hoy debemos anunciar a

Cristo resucitado en los actuales contextos, en constante transformación, cada vez más secularizado, con más consciencias de aspectos nuevos, de más diversidad.

Nos animan las palabras de Jesús en el Evangelio de este día, cuando dice: «*el reino de Dios está llegando a ustedes*» (Lc 10, 9). El Reino de Dios llega a los demás a través de sus discípulos. Él hace partícipe a sus discípulos y confía en ellos. También en nosotros hijos e hijas de esta tierra, que hemos conocido su Nombre.

Al renovar nuestro compromiso de seguir llevando con alegría el Evangelio, será de máxima importancia para nuestra iglesia particular: una renovada atención pastoral a la Familia; la Formación de los laicos y laicas; el fortalecimiento de las Comunidades con espíritu de Participación y de Fraternidad; fortalecer la Prevención del abuso en todas sus formas; ser parte activa en el desafío de Interculturalidad; hacer visible nuestra cercanía y compromiso con los Pobres y participar activamente, desde nuestro espíritu, en el Cuidado de la Creación, entre otros.

Y sin perder de vista que la evangelización no es sólo para los demás: en primer lugar es para cada uno de nosotros sus discípulos, en el día a día, cuando la Palabra de Dios es acogida y hace posible la conversión, y de ahí surge el testimonio. Jesús nos llama a ser sal y luz en el mundo (cfr. Mt 5, 13 – 16) y en otro momento dice que los discípulos sean como «*levadura*» en la masa, para un mundo más de acuerdo al Reino querido por Dios. Tenemos muchas oportunidades de dar testimonio, cada vez que optamos por la acogida, por el diálogo, por la fraternidad, por la unidad, por la justicia, por la paz, por la solidaridad con los más pobres, porque cada día debemos optar por la vida y por el amor.

Las dificultades y adversidades siempre han estado; el mismo el Señor fue incomprendido, y finalmente lo llevaron a muerte en la cruz. Y después, debemos recordar que la fe en Cristo en muchos lugares y tiempos se ha hecho con esfuerzo, sacrificio, venciendo temores y obstáculos. Por eso necesitamos renovarnos constantemente y apoyarnos con humildad, desde el corazón y la mente, en la Roca firme que es Cristo (cfr. Mt 16, 18; 7, 24-27; 1Cor 10,4).

Queridos hermanos y hermanas, al terminar, quiero animarlos a seguir con renovada alegría, confianza y esperanza; debemos estar prontos a «subir las redes» para que nuestra barca se movilice con el

viento del Espíritu y vaya hacia a las profundidades desconocidas para nosotros, pero no para el Señor, para llevar esperanza a donde Él quiera. Reafirmamos con alegría y confianza nuestra misión de anunciar la Buena Noticia del Reino en una Araucanía diversa, con dolores y esperanza, pero expectante de buenas noticias de reconocimiento, de paz, de dignidad, que encontramos con fuerza en la Palabra de Dios.

Saludo con afecto fraterno a todos los hermanos y hermanas. Que Dios Uno y Trino bendiga a nuestra Diócesis; a todos dé el don de la unidad, la paz y el amor. Que la Virgen Madre María y nuestro Patrono San José nos ayuden.

+Jorge Concha Cayuqueo (OFM)

Obispo Diócesis San José – Temuco